



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11066

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 24 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION
Y
EL FÉNIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
34 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Caballos 15.

DEBEN REPATRIARSE

Con motivo de la cesación de nuestra soberanía en la pequeña Antilla, se ha planteado un problema un tanto difícil, pero que debe resolverse conforme á los deseos de los interesados.

Diez mil españoles domiciliados en Puerto Rico piden al gobierno ser trasladados á la península por cuenta del Estado. Sin duda esos españoles carecen de fondos para repatriarse por sí mismos y necesitan el auxilio de la patria. No quieren quedar á merced de aquellos isleños, que aun antes de que la bandera española desapareciera de la isla, quitan el freno á sus malas pasiones y haciendo gala de sentimientos ocultos hasta ahora de manera hipócrita, persiguen á nuestros compatriotas, les queman sus fincas y las vejatan en cuantas maneras les sugiere su instinto cruel.

Los diez mil españoles que desean volver á la península y carecen de medios para hacer el viaje, serán trabajadores y empleados de particulares; y es probable que al ser abatida en Puerto Rico la

bandera española, los obreros serán maltratados y los empleados despedidos.

Puede que el caso que dejamos apuntado no llegue tan pronto; pero dados los sentimientos que han descubierto ahora los portorriqueños llegara enseguida otra cosa peor: los malos tratos para aquellos hijos de España, los ataques á su dignidad y á su amor propio, y esto no lo podrán sufrir nuestros compatriotas; al contrario, habrán de repelerlo de la única manera que se rechazan las ofensas, y esto dará lugar á multitud de cuestiones de carácter internacional que pueden tomar grandes vuelos.

Mirada la cuestión bajo este punto de vista los españoles de Puerto Rico tienen razón al esquivar ocasiones de sonrojo y la tienen también para pedir ayuda á España. Esta no puede abandonarlos á su suerte, consintiendo que se conviertan en parias los que aun en estos momentos no han dejado de ser señores de aquella tierra.

Es verdad que el Tesoro nacional está abrumado de obligaciones perentorias; pero si hay buena voluntad y verdadero patriotismo no

faltará un medio que satisfaga los deseos de los patriotas y ponga á cubierto los deberes y los intereses de la nación.

En tanto que no haya otro mejor, ahí va el que proponemos para resolver el problema. Que cada pueblo repatrie á sus hijos y así, sin perjuicio del Estado todo el mundo habrá cumplido su deber.

GLORIAS NACIONALES

Rendición de Turin

Aprovechando el general francés conde Harcourt el mal estado en que quedaron las huestes del marqués de Leganés, á consecuencia del descalabro que sufrieron frente á Casal el 18 de Abril de 1640, puso sitio á la plaza de Turin, la cual cargó con su poder, siendo por tanto, su rendición una de las victorias que los franceses lograron en dicho año sobre las tropas españolas que, al mando del mencionado marqués asistian en Italia la guerra que surgió entre España y Francia con motivo de las rivalidades que existían entre los Richelieu y los Austrias.

Al tener noticia el de Leganés del asedio que sufría Turin, acudió en su auxilio con 12.000 infantes y 4.000 ginetes; pero en todos los ataques que dió vióse rechazado y sin poder establecer comunicación, debido á que Harcourt, habia cerrado su campo con formidables atrincheramientos, motivo por el que se concretó á bloquear el campo de los sitiadores.

Las continuas salidas de los sitiados y los ataques del de Leganés, por un lado, y el no poderse repostar de víveres, por otro, hicieron por demás crítica la situación del francés; pero por ser aun más precaria la de los defensores de Turin, á causa de las enfermedades que produjeron las fatigas y la mala alimentación, la victoria fué de Harcourt, pues la plaza se vió obligada á capitular el 18 de Septiembre.

Cuatro días después, fué abandonado Turin, con todos los honores de guerra.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

Los reporters yankis EN LA GUERRA ULTIMA

La única de las grandes instituciones nacionales de los Estados Unidos que se ha mostrado á la altura de su misión durante la guerra con España, ha sido la prensa. En tanto que la movilización de fuerzas de mar y tierra se hacía trabajosamente, los periodistas sabían encontrarse en sus puestos sin esperar á que sonara el primer cañonazo.

El «Maine» hizo explosión el 15 de Febrero á las nueve y cuarenta de la noche. El 16, á las dos y media de la madrugada, se sabía la noticia en Nueva York. El 16 también, á medio día, zarpaba de Cayo-Hueso, fletado por el corresponsal del «World», un vapor que llevaba á la Habana tres buzos. Había bastado al representante de aquel periódico una mañana para arrancar de las dulzuras del sueño á tres hombres acostados á explorar las profundidades del mar, contrariarlos, y encontrar un buque dispuesto á emprender inmediatamente el viaje á Cuba.

Este prodigio de celeridad no tuvo recompensa. Las autoridades norteamericanas no quisieron permitir á los tres buzos que examinaran los restos del «Maine» y averiguaran las causas de la explosión. El Gobierno de la Casa Blanca quería, á cualquier precio, aprovecharse del pretexto de guerra que le ofrecía una catástrofe, cuyo origen era desconocido; la razón de Estado exigía que fuese atribuido el desastre á malquerencia de los españoles. Los tres exploradores submarinos que hubieran hecho imposible el conflicto si se les llega á permitir que sacasen la verdad del fondo del mar, tuvieron que marcharse de la Habana sin ejercer su industria. Esta expedición, tan bien dirigida y tan estéril, habia costado á la caja del «World» cinco mil francos.

Durante el período intermedio entre la catástrofe del «Maine» y la declaración de guerra, cayó en la Habana una verdadera nube de corresponsales yankis. Como la censura española no dejaba pasar sus telegramas, salvaron la dificultad fletando, barcos que hacían diariamente el viaje de la Habana á Cayo-Hueso.

Este era un costoso expediente—dice un redactor del «Mao Clure's Magazine».—Los dueños de los buques exigían por alquiler de 25 á 45000 francos por mes, habiendo de ser el carbón, los salarios de la tripulación y las primas del seguro de guerra, de cuenta de los arrendatarios. Esta última carga, sobre todo, era abrumadora. Se calculaba en un 8 por 100 mensual del valor del buque. Sólo uno de los cinco barcos fletados con el mismo objeto por uno de los grandes diarios norteamericanos, le costaba por dicho concepto 11000 francos al mes.

Con los honorarios de los corresponsales solamente, el presupuesto de otro diario yanqui se vió gravado en 7.317 francos por semana. Había corresponsales cuyo sueldo se convino en 260.000 francos al año.

El coste de los telegramas en los periódicos de primer orden ascendía á 1.200 francos diarios.

Después de la declaración de guerra, continuaban recibiendo noticias de la Habana con tanta regularidad como antes.

Expulsados por las autoridades españolas, se entendieron con cubanos é ingleses, que les remitían las noticias á Mariel por medio de vendedores ambulantes, que no despertaban sospechas. A Mariel iba á recogerlas uno de los barcos contratados, que nunca entraba en puerto á la misma hora.

Del buque de la prensa se destacaba un bote que recibía las noticias en la orilla.

Otros corresponsales estaban en el campo insurrecto, y para enviar las informaciones, daban cita en distintos puntos del fitoral á los barcos que habían de recogerlas.

Varios periódicos tenían corresponsales á bordo de la escuadra yanqui. Los buques de la prensa atracaban al costado de aquellos acorazados para recibir las noticias que habían de llevar á Cayo Hueso.

Cuando el mar era fuerte, corrían el riesgo de estrellarse contra aquellos formidables arrecifes de acero, y para evitarlo, los que estaban en los cruceros ó acorazados, echaban al mar en botellas lacradas las cuartillas.

Los otros se dedicaban á pescarlas, procurando huir de los tiburones, que

declarais legalmente por ante escribano que el marqués de Castroviejo, á quien habeis asistido en su última enfermedad, os ha encargado de declarar en nombre suyo que la hija natural que se cita en la declaración hecha por el rey, fué entregada al gitano Bizarro; que pasado por hija suya, lo que se creará fácilmente porque nadie puede creer que de los gitanos nazca una criatura blanca, rubia y con ojos azules, por mas que haya muchos ejemplos de ello; que como hija de Bizarro se ha llamado María de la Azucena, y que esto se ha hecho para disimular mas y tener mas seguro el secreto: Bizarro debe declarar lo mismo á continuación; y mirad, lo mejor será que os volvais esta misma noche con Bizarro al lugar donde murió el marqués; llameis á un escribano, y hagais esta declaración como si hubiese sido in artículo mortis del marqués.

—Esto costará muy caro, señora.

—¿Y qué os importa? ponedme la cuenta y os pagaré al presentarme el documento legalizado: nada importa que cueste mucho, ¿lo entendéis?

—Habrá dos Esperanzas de Ayala.

—La otra lo ignora todo: haced, haced lo que os digo, padre guardian: pasado mañana, á mas tardar, os espero con ese documento.

XX

La princesa se levantó y echó á andar.

—Hace una noche hermosísima, dijo la princesa asistiendo al brazo del guardian, que se habia levantado tambien: en Madrid el invierno se anuncia mucho antes del otoño.

El guardian no contestó.

Estaba aturdido por lo que le sucedía.

Pero sabía que la princesa era una mala enemiga y no se atrevía á desobedecerla.

—Ved que hermosa huerta tiene la casa de capuchinos de la Paciencia, dijo la princesa; y según creo, padre José, esto es una tolerancia, porque las órdenes mendicantes no pueden poseer.

El guardian sintió el golpe y se decidió á servir á la princesa.

—Las órdenes religiosas, continuó ésta, hacen bien en robustecerse: pero un arzobispo de Toledo, á quien se le ocurra, como el cardenal Cisneros, reformarlas, encontraría mucho que reformar: yo por mi parte quiero que todo el mundo posea: los pobres no sirven mas que para cansar lástima y producir mal olor.

La princesa remachaba el clavo.

Ana María entró vivamente en la recámara.

Al verla, María de la Azucena se levantó de un sillón en el que estaba sentada, y quedó de pié é inmóvil.

Ana María se habia preparado, y Azucena no vió ni la mas leve conmoción en su semblante.

Y sin embargo, Ana María estaba profundamente comovida.

Se acercó á la joven, la asió una mano, y la miró de una manera muy dulce.

Azucena estaba triste, graye, dejando ver en su semblante el luto de su alma.

Su traje de gitana habia desaparecido, reemplazado por un ancho y magnífico traje de seda negro: por un traje de corte; por uno de los trajes de la princesa; porque no habia habido tiempo para otra cosa.

El peluquero de la princesa la habia peinado de la misma manera que hubiera podido peinar á la reina, de quien era también peluquero.

Azucena tenia perlas entre el pelo y pendientes ó aretes con gruesos brillantes en las manos, ricas sortijas.

Las damas de la princesa le habian dicho que era necesario cambiarse de traje porque iba á vivir en la corte, y María las habia dejado hacer.